

BERNARDO FERNÁNDEZ, *BEF*

**La virgen ahogada conoce  
al monstruo de Frankenstein**



10/1111  
DE MEXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

VOZ DEL AUTOR

La virgen ahogada conoce al monstruo de Frankenstein

BERNARDO FERNÁNDEZ, *BEF*



<X+X+X+X+X>

---

<X+X+X+X+X>

BERNARDO FERNÁNDEZ, *BEF*

<X+X+X+X+X>

**La virgen ahogada conoce  
al monstruo de Frankenstein**



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COLECCIÓN VOZ VIVA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers  
*Rector*

Jorge Volpi  
*Coordinador de Difusión Cultural*

Rosa Beltrán  
*Directora de Literatura*

Carolina Domínguez  
*Voz Viva*



VVM - 138

Primera edición en CD, septiembre de 2018

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México,  
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán. C.P. 04510,  
Ciudad de México.

ISBN de la serie 970-32-2744-9

ISBN 978-607-30-1002-3

“Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.”  
Impreso y hecho en México.

BERNARDO FERNÁNDEZ, *BEF*

<X+X+X+X+X+>

**La virgen ahogada conoce  
al monstruo de Frankenstein**

Presentación  
Alberto Chimal



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



**Bernardo Fernández, *Bef*.** Nació en la Ciudad de México, 1972. Es novelista e historietista. Diseñador gráfico por la UIA con especialidad en ilustración, es uno de los autores de narrativa gráfica más reconocidos en América Latina, con publicaciones como *Espiral* (2010), *La Calavera de Cristal* (en colaboración con Juan Villoro, 2011), el libro de humor gráfico *¡Cielos, mi marido!* (2011), *El Instante amarillo* (2017) y *Habla María* (2018). En narrativa ha publicado la serie de novelas policíacas *Tiempo de alacranes*, *Hielo negro*, *Cuello blanco* y *Azul cobalto*, los libros de ciencia ficción *Ojos de lagarto*, *Gel azul* y *Escenarios para el fin del mundo* así como varios libros para niños y jóvenes. Su novela gráfica más reciente es *Habla María: una novela gráfica sobre autismo*. Con un puñado de premios y traducciones a seis idiomas, divide su tiempo entre la gráfica, la narrativa y los cómics.



Fotografía: Isabel Wagemann.

**Alberto Chimal.** Nació en Toluca, Estado de México, en 1970.

Sus obras más recientes son el libro de cuentos *Manos de lumbre* y el relato juvenil *La Distante*. Fue finalista del Premio Rómulo Gallegos en 2013 por la novela *La torre y el jardín* y ha ganado los premios Nacional de Cuento (2002) y Colima de Narrativa (2014), entre otros. Mantiene el sitio literario [www.lashistorias.com.mx](http://www.lashistorias.com.mx) y un canal de videos: [www.youtube.com/AlbertoyRaquelMX](http://www.youtube.com/AlbertoyRaquelMX).



## CONTENIDO

PRESENTACIÓN

PUNK Y CORAZÓN

Alberto Chimal 9

DE *ESCENARIOS PARA EL FIN DEL MUNDO*

*RELATOS REUNIDOS*

I

LAS ÚLTIMAS HORAS DE LOS ÚLTIMOS DÍAS 15

II

EL LLANTO DE LOS NIÑOS MUERTOS 33

LA VIRGEN AHOGADA CONOCE AL MONSTRUO DE FRANKENSTEIN 53



ALBERTO CHIMAL

Como cualquier persona, los escritores pueden ser criaturas paradójicas.

Por ejemplo, Bernardo Fernández Brigada –Bef para sus amigos, y también para sus lectores y admiradores– ha dicho en muchas ocasiones que prefiere la novela al cuento, y sin embargo aquí estamos, en una colección pensada para fijar una muestra de lo mejor de la literatura mexicana, y las que podremos escuchar son tres de sus mejores narraciones breves.

De igual forma, Bof sostiene, como muchas personas de nuestra época, una idea que puede resumirse en esta frase famosa: “la realidad siempre supera a la ficción”, que indica nuestro desconcierto ante la vida cotidiana y los muchos acontecimientos improbables, estrambóticos, terribles con que nos bombardea en nuestro tiempo saturado de información. Siempre que pasa alguna catástrofe, siempre que hay un crimen horrendo o un acto

de corrupción insultante de tan rapaz y tan cínico, decimos que ningún autor podría habérselo imaginado. Que ni el mayor talento literario podría haber concebido tal o cual suceso, complejo y retorcido, que las noticias reportan. Repetir con esmero las imágenes que consideramos más importantes de la vida real: perseguir a ésta sin querer adelantársele, sería lo mejor (o lo único) que podría hacer una persona dedicada a la literatura. Bef ha hecho caso de esta noción en sus novelas policiacas, que contienen variaciones sobre acontecimientos de nuestra actualidad más inquietante, afilados para formar parte de tramas aceleradas y violentas.

Y sin embargo las historias que se encuentran aquí tienen, además de su brevedad, dos características que podrían sorprendernos:

1. Las tres pertenecen a lo que aquí en México hemos llamado, en tiempos recientes, “literatura de imaginación”, es decir, al territorio de la imaginación fantástica: la invención de personajes, escenarios y sucesos que no son como los que tenemos delante, y que ponen de manifiesto los límites de lo que consideramos “real” o “posible” en el momento de cruzarlos. No es necesariamente “literatura de

género”, como llamamos a muchas vertientes populares importadas de otros países (ciencia ficción, horror sobrenatural, etcétera), pero tampoco tiene miedo de referirse a ellas y usarlas para sus fines. No es literatura puramente *escapista*, en el sentido de que no deja de referirse a ciertos aspectos de la vida real aunque sea de forma oblicua, pero tampoco reniega de la aspiración de entretener: no es tibia ni santurrón como otras (muchas) obras de nuestro tiempo. Y 2. Las tres, cada una a su propia manera, son historias sumamente sentidas. No se alejan de la dureza de muchas experiencias humanas, no fingen que el mal o el dolor no existen para no tener que enfrentarlos, y tampoco intentan provocar rabia y odio a toda costa (otra mala costumbre de la actualidad). Mejor aún, no temen mostrar, cuando hace falta, una enorme ternura. Sus personajes centrales tienen un depósito de afecto, de solidaridad, de mero calor humano que les permite mantener intacta una parte de sí mismos incluso en las peores situaciones.

Esto es lo contrario de mucho de lo que se supone “apropiado” o “rentable” de una figura mediática –artista, intérprete, famoso, *influencer*– en la actualidad. Se supone que, para atraer la atención en el caos de cada día, se debe ser agresivo, desfachatado, rabioso, y manifestarlo también en la obra o la persona. Se supone también que no se debe hacer pensar mucho al público: que debemos darle obras (o “experiencias”) comprensibles sin demasiado esfuerzo, sin más que una lectura superficial: planteadas en los términos más simples y con las referencias más cercanas y obvias que puedan encontrarse.

Y sin embargo –es la última paradoja en este prólogo–, la obra narrativa de Bef, incluyendo los tres textos representados aquí, tienen no sólo las características que mencioné antes, sino también *muchos* lectores y admiradores.

Hay, me parece, una explicación de estas contradicciones aparentes. Los prejuicios de nuestras sociedades tiran de nosotros y nos obligan a fingir conformidad (o realmente a conformarnos), y los países de América Latina tenemos, para nuestra desgracia, una historia larga de autoritarismo

y de inercia: nuestros espíritus más libres suelen pasarla mal, simplemente porque las costumbres centenarias de todas partes suelen estar en su contra y tratarlos con enorme crueldad. Muchos grandes imaginadores entre nosotros deben hacer grandes esfuerzos por parecer más convencionales, menos “raros” de lo que realmente son.

Por otro lado, una parte importante de los artistas que valen la pena en cualquier época encuentra sus materiales en ese conflicto, en esa especie de tensión: la diferencia entre lo que creemos, lo que entendemos como necesario y correcto, y lo que nuestro entorno quisiera imponer sobre nosotros. La fricción entre nosotros y el mundo puede desgastarnos y destruirnos, o bien puede calentar nuestra superficie, hacernos echar chispas como si tuviéramos la dureza de la piedra..., encender una llama.

Así ocurre en la obra de Bef, que tiene sus momentos más brillantes en los actos de personajes que él presenta invariablemente como rebeldes, punks, inadaptados. Casi siempre, la superficie de todos ellos resiste los ataques de que son víctimas; invariablemente se abre sola ante la desolación o el amor, para revelar emociones semejantes. La pelea contra la crueldad

del mundo no se resuelve en una victoria, ni en una derrota, sino en un cambio de arena y de torneo. La lucha verdadera se libra para encontrar la fortaleza interior y para sobrevivir entre (y con) los demás: en nuestro lugar, grande o pequeño, del mundo.

No he querido mencionar ningún detalle específico acerca de las historias de esta colección, porque sería mejor que cualquier lector (o escucha) que va a conocerlas por primera vez lo hiciera por su propia cuenta, sin anticipos. Sí puedo mencionar, en cambio, otro rasgo importante de estos cuentos: su amor por la literatura, la cultura *pop* y los lugares en que ambas se entrecruzan. Este cariño ha marcado mucho de la trayectoria artística de Bef (quien es también historietista, por supuesto: uno de varios que ha dado dignidad entre nosotros al concepto de la *novela gráfica* en años recientes) y es otra causa del cariño de sus seguidores. Oigan estas narraciones y les parecerá, tal vez, encontrar tramas y escenarios conocidos; oigan con un poco más de atención y encontrarán, también, bellezas inesperadas: las de nuestra humanidad profunda, desmañada, invencible.

*México, octubre de 2018*

DE *ESCENARIOS PARA EL FIN DEL MUNDO*  
*RELATOS REUNIDOS*

I

LAS ÚLTIMAS HORAS DE LOS ÚLTIMOS DÍAS

*Earth died screaming...*

TOM WAITS

La gasolina se acabó apenas pasamos la esquina de Reforma y Bucareli. La moto pareció tener un ataque de tos y luego se apagó. Nada más. Wok mentó madres, intentó volverla a arrancar como si estuviera descompuesta; la pateó furioso, negándose a aceptar que se había terminado nuestro boleto.

—Pinche Aída, ¿de qué te ríes? -me dijo, mitad enojado, mitad divertido. Yo siempre me estoy riendo.

Dejamos la moto a los pies del *Caballito* de Sebastián. Antes era una escultura amarillo brillante; ahora es una mole herrumbrosa que obstruye

Reforma, como casi todas las demás estatuas que habíamos estado jugando a esquivar desde que nos encontramos la moto.

Sin decir palabra, Wok trepó por el cadáver del monumento. Buscó desde arriba algún otro auto o vehículo que pudiéramos robarnos. U ordeñarle gasolina.

—Nada -murmuró desde su puesto de vigía.

A lo lejos se oían algunas explosiones, ya muy pocas.

—A caminar, mi reina -me dijo al bajar.

Llevábamos las patinetas colgadas entre los tirantes de las mochilas, y dentro de éstas, todo lo que nos quedaba de antes del colapso. No era mucho ni muy pesado, pero íbamos a extrañar la moto.

Teníamos unas dos horas de luz. Buscamos entre los edificios alguno que no se viera muy dañado. Los mejores ya estaban ocupados. Finalmente encontramos un hotel que parecía seguro.

Dentro estaba arrasado. Las alfombras y el tapiz habían sido arrancados, no sé si como vandalismo o rapiña. Como siempre, nadie había subido a los pisos superiores por flojera de las escaleras. Wok y yo no hablamos,

temiendo que hubiera alguien más. Al final, el edificio resultó estar vacío.

Encontramos cuartos intactos en los últimos pisos.

—Qué raro -dijo Wok.

Ocupamos una habitación que daba a la calle. Ya había anochecido. Todo estaba oscuro, ni siquiera se veían las fogatas que a veces brillaban en los edificios.

Nos sentimos muy solos.

Descubrí que había agua caliente corriendo por la tubería. No lo pensé y tomé un baño. Hacía mucho que no me daba ese lujo. Wok se me unió al poco tiempo, después de atrancar la puerta. Yo tallaba su espalda tatuada mientras él jugaba con los anillos de mis pezones. Pensábamos que el agua se terminaría en poco tiempo. No fue así. Cuando eyaculó entre mis manos enjabonadas el chorro seguía cayendo.

—No lo entiendo -dijo mientras nos secábamos con las toallas que encontramos-, aquí todo está tan... bien.

Yo me refí.

—Eres un bobito paranoico. Gózalo y ya.

—Es que no es normal. Si yo hubiera estado aquí desde el principio, no me iría. Lo defendería.

—A la mejor se cansaron de esperar el Chingadazo. Como todo el mundo.

Wok no contestó. Nos quedamos viendo por la ventana hacia la oscuridad que nos ofrecía Reforma. Luego nos dormimos.

El llanto de Wok me despertó. Se revolvía entre las sábanas, las primeras sábanas limpias en las que habíamos dormido en semanas. Su sueño, como siempre, era intranquilo. Al final se levantó gritando. Estaba cubierto de sudor.

—Calma. Todo bien -dije.

—Es... la pesadilla. La puta pesadilla.

—Eso pensé.

Hundió su rostro entre mis rodillas, sollozando. Murmuraba algo que no podía entender.

—¿Qué?

—El Chingadazo. Ya viene. Está cerca, lo puedo sentir.

Me reí.

—No es chistoso, Aída. Ahora sí ya valió madres. Se acabó el mundo.

Volví a reír. Dije:

—Se ha estado acabando hace meses. Y no pasa nada. No tendría por qué pasar ahora mismo.

La pesadilla había empezado a atormentar en masa a los niños pequeños. Decían sentir el dolor de millones de personas a punto de morir, aunque eran incapaces de recordar ninguna imagen. Después lo empezaron a soñar más personas: adolescentes, ancianos. Pronto se convirtió en una señal más de la llegada del fin. Yo no recordaba haberlo soñado. Nunca recuerdo mis sueños.

Abracé a Wok, que se acurrucó en mis brazos. En poco tiempo volvió a quedarse dormido.

Nos despertó el ruido de una procesión que marchaba hacia el norte por Reforma. Me imaginó que irían hacia el cerro del Tepeyac. Desde que se supo lo del meteorito, la Villa se había convertido en el destino obligado

de las miles de sectas surgidas ante la desesperación del final.

Cuidando no ser vistos, nos asomamos a la ventana para verlos pasar. Eran miles, todos sufrían las consecuencias de una larga peregrinación. Sentí pena por ellos. Wok los observaba en silencio.

Al frente, cuatro sujetos llevaban cargando un trono en el que su profeta hablaba por un altavoz recogido de la basura. Lo reconocí inmediatamente, era Rodrigo D'Alba, un presentador de espectáculos de la televisión. Ahora vestía una túnica. Se había dejado crecer el cabello pero era inconfundible.

—Uno más que resuelve su vida -dijo Wok, quedito. Muchos actores y cantantes habían creado sectas así. Cuando el último de la caravana salió de nuestro ángulo de visión, Wok se levantó para decir:

—Bueno, vamos a buscar algo para desayunar.

Encontramos que en la cocina del hotel había una despensa bastante bien surtida, lo que aumentó la paranoia de Wok (“Todo está demasiado bien, demasiado bien, carajo”, repetía como un mantra). A mí sólo me dio hambre. Al final cocinó unos huevos foo-yong con camarones. Wok es

medio chino, y cuando hay con qué cocina muy bien.

Comimos en silencio; él, temiendo que el olor atrajera a alguien indeseable. Estábamos hambrientos. Cuando acabamos, salimos para recuperar la moto. Lo que quedara de ella.

Afuera todo se sentía muy tranquilo; ya no se oían explosiones. Todos pensaban que la ciudad abandonada se convertiría en un campo de batalla. En realidad fue peor.

Ahora parecía que todo el mundo se cuidaba de no toparse con nadie. Con bastante éxito.

No quedaba nada de la moto. Algunos chatarreros debieron levantarla por la noche. Había sido bonito mientras duró.

Wok volteó hacia el cielo. En lo alto, el meteorito se veía como un puntito brillante, apenas del tamaño de un pixel. Nadie se imaginaría que iba a acabar con nuestro planeta.

—¿Crees que el Chingadazo tarde mucho todavía?

—No sé. Supuestamente deberíamos estar muertos.

—¿Cómo sabes?

Abrí una de las bolsas de mi mochila para mostrarle mi reloj de cuarzo. Lo tenía desde antes de que todo se derrumbara. Gracias al reloj no había perdido la noción de los días, como casi todos los demás. Con un poco de suerte la pila duraría hasta el impacto. Quizás un poco más.

—Ya tendría que haber sucedido -le informé-; algo falló. Hace dos semanas que estamos viviendo tiempo extra.

Wok no contestó. Abandonamos el lugar.

Sobre Reforma encontramos un hombre mayor vestido de traje en la parada del camión. Parecía ir desarmado, aunque nunca se sabía. Wok sacó su navaja de resorte; yo, mis chacos. Nos acercamos.

—Buenas -saludó Wok.

—Buenas tardes -contestó el hombre. Era un anciano.

Su ropa era vieja; aunque parecía bastante usada, iba impecable, con la camisa planchada y la corbata perfectamente anudada.

—¿Espera a alguien? -pregunté, por romper el silencio.

—No, señorita, sucede que no pasa mi camión.

Wok se rio. A mí, por primera vez en mucho tiempo, la situación no me pareció chistosa.

—¿Está loco? No ha pasado un solo camión hace meses. No va a pasar. El hombre encaró a mi novio con total seriedad.

—Jovencito, eso no es pretexto.

—¡...!

—Pretexto... ¿para qué? -pregunté.

—Para no ir a trabajar, por supuesto.

Nos quedamos mudos. El hombre nos observaba como si los que estuvieran locos fuéramos nosotros.

—Señor, el mundo se está acabando...

—Mire, joven, éste es un país de instituciones. Si el camión no pasa en cinco minutos, me voy caminando, como todos los días. Punto. No vamos a permitir que nos rebasen estas cosas. Los mexicanos somos más grandes que cualquier desgracia. Ya lo vivimos en el temblor del 85.

No sabía qué decir. La sonrisa había desaparecido de la cara de Wok.

Sólo atinamos a esperar junto con el hombre.

Cinco minutos esperando un camión que nunca iba a llegar.

—Bien, esto no tiene para cuándo. Me voy caminando. Con permiso.

Lo vimos alejarse, confundidos, hasta que se perdió entre los escombros, camino al Centro.

Sin cruzar palabra, echamos a andar hacia el norte.

En el cielo, el meteorito había crecido. Se veía más grande que el sol.

Decidimos patinar. Evitamos hacerlo muy seguido para no gastar las llantas, pero no había moto y seguramente no encontraríamos nada parecido. La ocasión lo ameritaba.

El silencio era casi estruendoso. Recorrimos un largo trecho sin cruzar palabra. El único sonido ambiental parecía ser el de nuestras patinetas. A medida que avanzábamos, el paisaje -formado por edificios en ruinas y chatarra- parecía repetirse cíclicamente, como la escenografía de una vieja caricatura de Scooby-Doo.

Después de mucho rato llegamos a la zona boscosa. Los troncos resacos que quedaban de ella.

Pasamos por una estatua que no había sido derribada. Estaba llena

de grafiti.

—Espera -dijo Wok. Nos detuvimos.

—Un héroe nacional -dije.

—No, éste era candidato a presidente, pero lo mataron.

—¿Y no es mérito suficiente?

—Supongo que sí. No hay mejor presidente que uno muerto. Ha sido el mejor de este país.

Nos reímos. Wok sacó de su mochila la última lata de spray que le quedaba. La agitó y pintó sobre la placa: ME VALE MADRE.

—Qué chistoso -dije cuando terminó.

—¿Qué?

—El futuro siempre parece mejor cuando no sucede. Como este tipo, que tiene una estatua por algo que no llegó a ser.

—Cualquier futuro es mejor que el nuestro. Y sí va a suceder.

Se refería al meteorito.

—Claro que no. ¿Te hubiera gustado crecer, quedarte pelón, convertirte en un ruco, decirles a los chavos que la música de tu tiempo era mejor?

—¡Yo no hubiera hecho eso!

—Claro que sí. Todos lo hacen. Mis papás eran punks. Ve cómo acabaron: uniéndose desesperados a la peregrinación de Vicente Vargas en busca de la Tierra Prometida de Aztlán. Vargas ni siquiera cantaba rock, sino ranchero.

Wok no dijo nada.

—No vivirás tu propia decadencia, disfrútalo -me di la vuelta para seguir patinando. Wok se quedó pensando un momento, luego se me emparejó.

—Perra. Siempre tienes la razón.

La vida no es tan cruel como dice Wok. No puede serlo. Tampoco es como lo que venden los gurús de la superación personal. No es cebolla cruda ni pastel de cerezas.

Es agridulce como el amor. Dulce como el querer, agria como el dolor.

Pero a veces da sorpresas. Ahí, literalmente a la vuelta de la esquina, esperándote para brincar hacia ti diciendo: “Hola, por una vez lo que hay para ti es una sorpresa *agradable*”.

Así fue encontrar el coche. Un modelo eléctrico, de esos supercompactos

de lujo, esperándonos al pie de la fuente de los petroleros, como si lo hubiéramos rentado por teléfono. Un Matsui del año, plateado.

Desde luego, Wok pensó que era una trampa. Al principio no se quiso acercar. Ahí nos quedamos largo rato, observando el auto, esperando a que sucediera algo, alguna desgracia amarga.

No pasó nada.

Cansada de esperar, me deslicé hacia el aparato.

— ¡Aída! -gritó Wok, muerto de miedo.

Ya no sé lo que es el miedo. Lo que he visto acabó diluyendo esa palabra. Cuando el mundo se derrumba, no hay lugar para temores.

En el coche había restos de sangre seca. Hubo una lucha, perdida por el que manejaba el Matsui. Acaso era alguien rico que se refugiaba en el búnker de alguna mansión de las Lomas. Se le acabaría el agua, o la comida. Quizás intentó huir de la ciudad protegido por la noche. Mala idea. Una tribu caníbal le saldría al paso, de éstos a los que no les interesan las máquinas. Lo siento por el dueño del auto, pero seguramente alimentó a varios niños nómadas.

Wok se acercó al ver que no era una trampa. Comprobó que el auto funcionaba.

—Dejaron las luces prendidas. Debe tener la batería muy baja.

—Es mejor que patinar -dije, y le di un beso en la mejilla.

Arrancamos. Nunca me había subido a un auto de lujo.

Nos divertimos unos minutos esquivando obstáculos sobre el Periférico, pero la pila murió a los pocos minutos, apenas un poco adelante del Toreo. Wok logró volver a arrancar sin detenernos, pero cuando llegamos a las torres de Satélite el sistema se apagó definitivamente.

Dejamos el auto donde la inercia lo detuvo. Bajamos riéndonos como niños y tomados de la mano nos alejamos de ahí.

Los chatarreros nos lo iban a agradecer.

Pasamos el resto de la tarde como habíamos pasado el resto de las tardes desde que todo se vino abajo: buscando algo que no íbamos a encontrar porque no sabíamos qué era.

Nos dedicamos a patinar entre los restos de Plaza Satélite. El piso era

liso y ya no había nómadas acampando en Liverpool. Decidimos pasar la noche en el departamento de muebles, aunque yo hubiera preferido el hotel de la noche anterior.

—No podemos desandar el camino. Para nosotros no existe ayer ni atrás -dijo Wok.

Sentí una tristeza inexplicable. No encontré motivos para reír más. Mi alegría comenzaba a secarse mientras los lagrimales se me humedecían, pero decidí ahogar mi pesar con las últimas risas que tenía guardadas. Con mi última reserva de alegría.

Seguíamos patinando cuando comenzó a oscurecer. Sin preludio, sentí algo frío deslizándose por mi espalda. Me detuve en seco. Wok se espantó.

—¿Qué sucede?

—Lo puedo sentir -dije. Él percibió la angustia en mi voz.

—¿Qué es? ¿Qué sientes?

Ahí estaba, era claro, no quedaba duda: una sensación helada que subía lentamente hasta mi cuello.

—¡Aída! ¿Qué sientes? ¡Me estás asustando!

Volteé hacia él. Una lágrima escapó de mis ojos bajando por la mejilla. Pensaba que había olvidado cómo llorar.

—Siento... el dolor de millones de personas a punto de morir.

El primer temblor llegó con la noche. Salimos corriendo al estacionamiento. Apenas tuvimos tiempo de tomar nuestras cosas, el centro comercial se derrumbó en medio de un rugido de metal torcido y concreto colapsándose.

Nunca vi morir a un elefante, pero me imagino que debió de ser algo parecido.

Soplaba un viento fuerte que en pocos minutos se llevó el polvo.

Nos quedamos agitados en el estacionamiento vacío. No parecía haber nadie en kilómetros. Sólo se escuchaba el aullido del aire tratando de ahogar el silencio. Sin decir nada, nos acostamos en el suelo.

—¿Ya se conocían tus papás en 1985? -preguntó Wok.

—Claro que no -contesté molesta-. Lo sabes bien.

—Ah.

—Mi mamá tenía siete años en 1985. Mi papá, trece -agregué en la oscuridad.

Wok contestó con un gruñido.

Un nuevo temblor sacudió el suelo.

—Tengo miedo -me dijo al oído.

Parecía como si el terreno se estuviera deslizando lentamente.

—Conque esto es el fin del mundo -dije suspirando.

Un pedrusco luminoso cruzó el cielo. Era una bola de fuego del tamaño de una naranja que cayó a varios kilómetros de nosotros.

—It's better to burn out than to fade away -susurró él.

—Esa frase es de una película vieja.

—Pensé que era una canción. La murmuraba mi papá todos los domingos, con su cerveza, frente al televisor.

—También la decían mis papás. ¿Dónde estarán ahora?

Una nueva bola de fuego pasó por el cielo. Y luego otra.

—Seguro que rezando -dijo Wok.

Reímos.

—Te tengo una sorpresa -anuncié. Busqué en mi mochila a tientas. Era difícil sin una lámpara, pero finalmente los encontré y se los di.

—¿Unos lentes oscuros?

—Son Ray-Ban -dije mientras me ponía los míos-; siempre quisiste unos. Los encontré en el primer Sanborns en que dormimos.

—¿Los andas cargando desde entonces?

Más restos de meteorito rasgaron el cielo iluminándolo, furiosos.

—Sabía que los íbamos a necesitar. Acuérdate que pensaba estudiar astronomía. Ya me habían aceptado en la Facultad de Ciencias.

Empezó un nuevo temblor.

—Nunca acabé la prepa -su tono era repentinamente triste.

—No creo que sea importante. Sólo tienes diecinueve años.

—Ni uno más -repuso mientras el cielo se iluminaba de nuevo. Sonreía. Lucía guapísimo con sus lentes. Se acercó a besarme.

—Te amo... -alcancé a murmurar.

Luego, el estruendo del terremoto lo llenó todo.

## II

### EL LLANTO DE LOS NIÑOS MUERTOS

La abuela quiso gritar pero su cabeza, arrancada del cuerpo, no pudo emitir más sonido que el deslizar arenoso de la lengua y el flop que hizo al caer. Trituré lo que quedaba del cuello con mi hocico. Tragué sin masticar del todo y aullé. Desde el suelo, su mirada vacía me observaba, queriendo descifrar lo que había pasado. Sólo pudo ver cómo rasgaba su caja torácica para masticar los intestinos.

Lo primero que recuerdo de la casona son los largos pasillos de techos altos por los que siempre corría un viento silbante. Las criadas decían que era el llanto de los niños muertos sin bautizar. La abuela decía que eran los muertos y punto.

En el cielo de la hacienda no brillaba el sol, siempre estaba cubierto de nubes grises. Conocí el sol hasta el día en que acompañé a la abuela



al pueblo por primera vez. Tendría once años. *Ésa es la hija del Clemente*, murmuraba la gente a nuestro paso. Ella los ignoraba. Yo ni siquiera sabía que mi papá se llamaba así. En el pueblo llovía luz al mediodía. Quise que el calor besara mi rostro, mis brazos. La abuela me apuraba sin que los tibios rayos me tocaran. Esa misma noche, en la hacienda, descubrí que la luna vertía también su modesto esplendor sobre la comarca. Sin que las nubes opacaran su luz. Fue la primera vez que bañé mi cuerpo desnudo bajo su regalo luminoso.

*Dicen que poco después de que murió su papá, el Clemente hizo un pacto con el diablo. Que se lo encontró caminando por el lecho del río. Que se le apareció en forma de una mujer muy hermosa, de piel blanca y cabello negro. Que la mujer lo sedujo y a cambio de su semilla le ofreció un deseo. Nadie sabe lo que pidió. A los nueve meses apareció la tal mujer en la hacienda. Se apersonó frente a la mamá del Clemente y le mostró el fruto de su extraño amor: una niña con cuerpo de leche y cabello de tinta. Dicen también que la mujer cobró caro el deseo del Clemente, porque se llevó su razón y lo dejó loco. Desde ese*

*día nadie la volvió a ver. El Clemente se creyó un animal y huyó al bosque, donde corría desnudo en cuatro patas y cazaba animales pequeños, hasta que unos cazadores lo mataron al confundirlo con un lobo. Su mamá se quedó con la niña, a quien culpa de haber perdido a su único hijo. Dicen que por eso la odia, que no la perdona y que la trata como si estuviera loquita y no la deja salir de la hacienda. Dicen.*

El beso de la luna es frío y azul. Yo salía a escondidas hasta el pozo, desnuda, envuelta en un rebozo; descalza avanzaba tratando de no pisar los alacranes. Sólo escuchaba el silencio de la noche y los murmullos de sus criaturas. Entonces dejaba caer el rebozo y ofrecía mi cuerpo a la luna para que lo recorriera. Cerraba los ojos y sentía cómo el frío lamía cada rincón de mi piel. Cuando me sentía por completo lamida por esa fría luz, recogía mi rebozo y regresaba a mi cuarto en la casona.

Las penumbras siempre me han protegido a pesar de mi piel cremosa. La oscuridad me envuelve con su manto y se traga los ruidos que mis pisadas

producen. Me deslizaba entre las sombras, espantaba a las criadas al aparecer a sus espaldas sin que me escucharan. Jamás pude espantar a la abuela, ella siempre sabía que era yo. Decía que era una hija de la noche. Se equivocaba, sólo soy su amiga.

Todas las madrugadas las criadas acarreaban ollas de barro con agua que hervían en la cocina para que la abuela se bañara. Eran ocho las que la lavaban, la peinaban y la perfumaban. Recuerdo el baño inundado con el vapor y el aroma a talco de la abuela. Su trenza larga y blanca, como mi piel, caía por su espalda.

Yo nunca fui pura como ella.

Bien pronto la abuela descubrió la suciedad en mí. Un día, cuando era pequeña, me sorprendió manoseándome en medio de las piernas. Me golpeó con una vara que zumbaba con cada azote y luego ordenó a una de las criadas que me untara chile ahí donde no debía tocarme. Desde entonces me supe impura e indigna, que estaba sucia por dentro, sin importar cuánto

me bañara y tallara con zacate y agua caliente. Por eso busco el beso de la luna todas las noches. Para que mi alma se blanquee como mi cuerpo. Los domingos venía el padre a confesar a la abuela. Venía desde el pueblo a desayunar tempranito con nosotras. En la casona no podían entrar hombres, excepto él; todos los peones se quedaban fuera y si había algo que arreglar lo hacían en el recibidor. Jamás pasaban hasta la sala, mucho menos al comedor.

*Esta niña es el demonio*, le decía la abuela al cura mientras nos servían chocolate caliente a los tres, *no importa cuánto la bendiga, jamás estará libre de pecado, es la esencia misma de la maldad*. El sacerdote me veía, sonreía, daba un trago a su taza y contestaba: *También los demonios son hijos del Señor*.

No sé por qué la abuela decía eso. Yo nunca le hice daño a ella. Sólo a algunos de los hijos de las criadas.

Fue una vez que todos los peones de la hacienda se plantaron frente a la casona, con antorchas en las manos y gritos en sus gargantas. Entonces

conocí al Maligno. La abuela salió a hablar con ellos. Dentro, las criadas no me dejaban acercarme. Lo vi desde donde estaba. Era moreno, del color del chocolate que nos servían todos los domingos, y desde mi lugar supe también que olía a vainilla. Su cabello era negro como el mío, pero sus hebras eran gruesas, en su mirada se adivinaba el dolor de quienes caminan descalzos por las piedras, de quienes enfrentan la jornada con tortillas y café en el estómago. El también volteó a verme y desde ese momento quedé marcada por su deseo. Lo supe por la ola fría que recorrió mi espalda y por el vacío helado que desde ese día tejió su telaraña sobre mi pecho.

La abuela logró calmar a los peones y alejarlos de la casona. A todos menos a él.

La biblioteca estaba tapizada por los libros del abuelo. Había una escalera que se deslizaba entre los estantes para que no hubiera volumen que no se pudiera alcanzar. Tenía prohibido acercarme a los libros pero siempre me las arreglaba para llegar hasta ellos y leer a la luz de las velas que llevaba escondidas bajo mi vestido.

Toda mi ropa era negra porque la abuela me hacía llevar el luto por mi padre. Ella se vestía igual, del cuello a los pies.

Cuando terminaba de leer, me gustaba apagar las velas con la punta de la lengua.

Fue el padre quien me enseñó a leer, mientras me daba el catecismo. Fue él quien me habló por primera vez de la biblioteca, oculta detrás de una puerta clausurada en el extremo de la casona. En su juventud, había sido amigo del abuelo. También era el único que me sonreía, y al hacerlo su cara se llenaba de arrugas profundas y me mostraba sus enormes dientes.

El Maligno empezó a merodear la casona. Las criadas más jóvenes creyeron que las buscaba a ellas. No era el primer peón que se acercaba a buscar los favores de alguna de las mujeres morenas para saciar su ardor furtivamente, ocultos en el cuarto de planchado de la casona. Pero este hombre me buscaba a mí, lo supe por su mirada inflamada que podía verse desde el balcón de mi cuarto. Y por el hueco de mi pecho, que se enfriaba apenas sentía su presencia.

Tuve miedo. Recordé los gemidos que escapaban a media noche del cuarto de planchado, en la planta baja, cuando las parejas pensaban que

nadie las oía, ignorando que yo las espiaba bajo las escaleras, con el pecho palpitando y la mirada perdida en las penumbras.

Dejé de salir a recibir el beso lunar. Sabía que la bestia rondaba la casona, con su entrepierna henchida de lujuria. Desde la primera noche, sentí que la impureza crecía dentro mi cuerpo.

Gracias a uno de los libros del abuelo que se llama *Decamerón*, supe que el deseo hace su nido entre las piernas de los hombres, en correspondencia con la suciedad que se aloja en medio de las piernas de las mujeres. Un día, mientras me bañaba, vi que la pelusilla que cubría mi bajo vientre comenzaba a oscurecerse. Tuve mucho miedo, pero no tanto como al descubrir, tiempo después, que durante una noche la suciedad que se extendía dentro de mí había hecho llorar sangre a mi cuerpo, dejando una huella escarlata en el colchón.

Quise ocultarlo lavando las sábanas yo misma, pero una de las lavanderas me descubrió.

Intenté explicarlo, pero de mis labios sólo escaparon balbuceos.

Ella se rio.

Se rio de mí.

Maldita india.

Tuve que pensar cómo seguir recibiendo el baño lunar sin salir hasta el pozo. Quería evitar al Maligno. Un domingo por la noche subí al techo de la casona. Apenas había media luna en el cielo. Dejé caer el rebozo y extendí los brazos, queriendo abarcar el tímido abrazo de Selene. Abajo el Maligno acechaba y, al descubrir en el aire el aroma de mi impureza, comenzó a aullar. La abuela y las criadas no tardaron en despertarse; no tuve tiempo de correr a mi habitación. Al escuchar los pasos en la azotea subieron y fui descubierta.

Esa noche la abuela me azotó hasta cansarse con la hebilla del viejo cinturón de mi papá.

De Clemente.

Cuando terminó, mi cuerpo estaba cruzado por líneas rojas. No lloré. Creo que eso la enfureció más. Pero ya no tenía fuerzas para seguir golpeándome.

Ordenó que me dejaran encerrada en el cuarto de planchado durante una semana. Desnuda. A merced del Maligno. Las criadas ni siquiera se atrevieron a tocarme, sólo me empujaban con varas.

Pasé la primera noche lamiendo mis heridas. El Maligno, sabio en su maldad, ni siquiera se acercó.

A todo se acostumbra uno, menos a no comer, dicen los peones.

Para alimentarme, la abuela ordenó a las criadas que deslizaran por el suelo un plato lleno de las sobras del día. Las primeras veces ni siquiera quise olerlo, pero el quejido del estómago me hizo vencer el asco y pronto lamía los frijoles refritos pegados a los platos, roía los huesos en busca de algún jirón de carne olvidado, masticaba las tortillas frías y resacas.

Por la noche, la abuela bajaba a azotarme con la vara. Jamás lloré frente a ella.

Me había acostumbrado al dolor.

Me volví peligrosa para las criadas. Tenían que lanzarme los platos rápidamente si no querían que las mordiera hasta lastimarlas. El gusto salado de

su sangre me erizaba los pezones. La abuela desistió de azotarme por miedo a que la atacara.

Yo esperaba el domingo para que apareciera el padre y me sacara de ahí, pero los días pasaban lentos y vacíos.

Llegó la noche del sábado y con ella la sangre que otra vez escurrió por mis piernas como lágrimas de mi condenación irremediable.

Afuera, la luna llena derramaba su leche. A lo lejos un aullido anunció al Maligno. Sentí los vellos de mi cuerpo erguirse al instante. Mi vacío peccoral se inflamó hasta convertirse en una onda helada que descendió de la base del cuello a la ingle, donde explotó en una húmeda inflamación que hizo salivar a mi entrepierna. El corazón se inquietó en mi pecho, saltando descontrolado. El miedo chocó de frente con un deseo incontenible de llenar el abismo diminuto que se abría en medio de mis muslos.

Quise huir, arañé la puerta hasta arrancarme las uñas y sangrar mis lúnulas. Aullé para orientar al Maligno y guiarlo entre la oscuridad hasta la ventana de mi prisión. Me hice un ovillo ante el inminente ataque. Abrí

las piernas para que el viento nocturno llevara el perfume de mi lubricidad hasta el intruso. Grité el nombre de la abuela rogando clemencia, como último recurso al oír al predador que trepaba los dos metros que lo separaban de la ventana. Cuando estuvo dentro del cuarto hundí dos dedos en mi triángulo velludo y dibujé a su alrededor un círculo para que el olor sanguíneo azuzara a la bestia.

La sombra del Maligno me cobijó. Las hebras oscuras de su cabellera se habían extendido por todo su cuerpo. Ya no olía a vainilla. Sentí en la cara el aliento cálido que escapaba por entre sus dientes filosos como navajas. Estiré la punta de la lengua y me encontré con la suya, que mordí hasta hacerlo sangrar. Él me embistió con su demonio enhiesto, que deslizaba dentro de mí fácilmente hasta llenar de dolor mi gran vacío. Rodamos por el suelo envueltos por la oscuridad del cuarto de planchado. Entendí el placer del dolor más allá de los azotes de la abuela. Él rasgaba mi espalda, yo hundía los dedos en la suya, peluda. Me mordió hasta dejarme tapizada de moretones goteantes. Desde lejos, mientras se deslizaba dentro y fuera de mí, sentí venir la explosión que se anunciaba como los truenos a la

distancia de una noche nubosa. El Maligno aceleró su ritmo adivinando la proximidad del final...

...que toma por asalto tu cuerpo...

...que chasquea como un relámpago en medio de tus penumbras...

...que llena tu universo entero hasta los huecos más remotos...

...que inflama cada uno de tus rincones...

...y que desapareció en segundos, dejando el eco de su violencia retumbando por todo mi cuerpo. Tensé brazos y piernas alrededor de él hasta dificultarle la respiración. No dejó de lamer las heridas de mi rostro ni salió de mi cuerpo hasta que después de una breve eternidad me aflojé.

Entonces comenzó mi transformación.

¿Cómo explicar a los seres lampiños y de dientes romos lo que es tener la piel hirsuta, las uñas y los dientes transformados en filos mortales? ¿Cómo decirles a criaturas de ojos miopes y oídos estrechos lo que es ver en la oscuridad y escuchar el caminar confiado de la presa a muchas varas de distancia? ¿Cómo hacer sentir a quien la naturaleza sólo dotó de burdos

remedos de sentidos? ¿Cómo decir lo que es ser un lobo?

Hubo dolor durante la transformación. Un dolor familiar, nuevo pero que se sabe conocido en algún rincón de las entrañas, que se espera desde antes de nacer y que sin embargo se ignora. Pero ya estaba aprendiendo a gozar el sufrimiento. Cuando me sentí una loba completa, volteé hacia el Maligno, que me observaba con ojos amarillos. En su mirada leí que mi tiempo había llegado, que desde ese momento debía caminar sola, que él sólo había quebrado el cascarón de la semilla maldita con que yo nací. Luego trepó por la ventana y salió de mi vida para siempre.

El instinto me susurró al oído lo que tenía que hacer.

Derribé la puerta del cuarto de planchado.

Y me dirigí a la alcoba de la abuela.

Nuestros gritos habían despertado a las criadas, que corrían despavoridas de un lado a otro sin saber qué hacer. Las casas de los peones estaban demasiado lejos como para que alguien escuchara sus gritos de auxilio. Descubrí

a la india que se había burlado de mi primera sangre y me lancé sobre su cuello. Quiso gritar pero quebré su laringe antes de que lo hiciera. Hubiera seguido mordiendo su cuerpo, que se revolvía en medio de convulsiones, pero tenía una presa más importante.

Mientras subía las escaleras con pasos lentos, escuché a la abuela rezar en su habitación un rosario atropellado mientras cargaba el mosquetón que colgaba de una de las paredes. La pólvora que resbalaba por el cañón despedía un aroma acre que se confundía con el olor a talco que intentaba disimular el tufillo decadente de sus carnes resacas.

Al olería con olfato de lobo entendí su pequeñez, su insignificancia. No hay peor tiranía que la ejercida por enanos.

Me detuve a unos metros de la puerta. Oí su respiración, el murmullo de sus rezos, su corazón palpitante. Olía el sudor que resbalaba por su espalda. El recuerdo de los azotes, del escozor del picante untado en mi sexo infantil, de la mordaza y las ligaduras cuando apenas caminaba, del odio en su mirada, de sus acusaciones con el padre, concentró en mí un odio ardiente que corría por mis venas.

Tomé impulso y salté. Al cruzar la puerta la abuela gritó:

—¡Muere, bestia!

Y disparó.

Falló.

No paré hasta desgarrar sus carnes mucho después de que el cadáver había perdido toda forma humana. Bañada por su sangre tibia, aullé a la noche y salté por una ventana. Al hacerlo, derribé un quinqué. Escapé de la hacienda, dejando atrás la casona con sus niños muertos llorando por los pasillos, con su velo de nubes ocultando el sol, con su maldición y su demencia.

Corrí durante horas, llevada por caminos invisibles en los que el instinto guiaba con voces dentro de mi cabeza, voces que no eran humanas. No me detuve hasta llegar al corazón del bosque.

Al lugar de los lobos.

Desde esa noche vivo aquí, agazapada en la oscuridad que me regalan los árboles. Sólo salgo a lo descubierto para recibir el beso de la luna. Cazo

animales pequeños que mato con los dientes; siempre es más difícil hacerlo sin los colmillos de lobo.

Por eso, cuando vuelve la transformación, salgo a cazar algo más grande, cerca del pueblo. Un viajero nocturno o un niño extraviado.

Siempre me gustó lastimar a los niños.

Aún no me siento pura, y menos ahora que me he manchado no sólo con mi propia sangre, sino con la de quien ha muerto entre mis dientes.

Pero ahora ya no me importa.

*Dicen que la maldición se desató sobre la hacienda una noche de luna llena. Que desde la casona se alcanzaron a escuchar los gritos de las criadas, que no podían salir porque la señora había echado el cerrojo y nadie más tenía llaves. Que el fuego devoró la casona hasta dejar los cimientos y sus cuerpos calcinados. Que nunca encontraron el cadáver de la hija del Clemente, la loquita, pero sí el de su abuela, que estaba decapitada. Que tras esa noche la región está maldita, la tierra estéril, y el bosque alberga demonios que huyen de la luz del sol pero se dejan ver al rayo de la luna.*

*Que desde entonces los caminos ya no son seguros por la noche, que el que se interna entre los árboles no regresa jamás, y que los niños que llegan a acercarse desaparecen sin dejar rastro.*

*Dicen.*



LA VIRGEN AHOGADA CONOCE  
AL MONSTRUO DE FRANKENSTEIN

A las siete en punto, Pol, el mánager, corrió las cortinas del cuarto de la virgen ahogada. —Hora de levantarse, amor, hay mucho que hacer -dijo mientras la camarera traía una charola con el desayuno: cereal de arroz con leche descremada, yogur light y jugo de toronja. Él sólo bebió café.

La observó en la cama, las sábanas goteando agua de mar. —A las nueve hay una entrevista en la radio -comenzó a recitar Pol, como todos los días, mientras leía en la pantalla de su Palm-, a las once tienes una plática en la Ibero y a las dos comemos con Alex de la Iglesia. Parece que está interesado en ti. A las nueve es la jornada de muertos famosos en la embajada de Italia. Eres la invitada por parte de México.

Pol levantó la mirada hasta la cama húmeda. Ella no había tocado el desayuno.

—Te noto un poco inapetente, mi amor -murmuró el mánager para luego agregar-: bueno, ¿qué tal un poco de ejercicio para empezar tu día?

Sí, ya sé, ya sé, nada de natación.

Metido en sus pants Nike, Pol completó una tercera vuelta a los viveros de Coyoacán. Pasó junto a la virgen ahogada, que permanecía tumbada sobre un charco.

—Actívate, mi reina, que te me estás poniendo morada -le gritó al pasar.

Ella no contestó.

En el auto, camino a la estación de radio, Pol leyó el periódico para evitar intercambiar opiniones con su representada. La notaba distante, lejana. Un poco por inercia, dijo:

—Lo de las Torres Gemelas, una putada, ¿eh?

Ella guardó silencio.

Pol disimuló su enojo detrás del diario. Pidió al chofer que pusiera música. Ella siguió como si nada, las piernas y los brazos tiesos por el rigor mortis, la cara hinchada por el agua, sus cabellos despeinados llenos de arena y el rostro congelado en una mueca.

“Te sientes una estrella”, pensó Pol, “así son todas mientras están de moda. Apenas las olvida el público, se acuerdan de la palabra *humildad*. Para entonces ya es tarde, putita, ¿me oyes?”

— ¡Tarde! -gritó Pol.

—No, señor -dijo el chofer-, vamos bien de tiempo.

—N-no te decía a ti, Pancho -el conductor no vio al mánager sonrojarse. Ella ni siquiera se dio por enterada.

—Y dínos, ¿cómo es un día normal en tu rutina? -preguntó la locutora.

—...

—Ah. Debe ser agobiante ser la figura del momento, ¿verdad?

—...

—Pero como en todo, hay sus compensaciones, ¿no?

—...

—Amigas, estamos en el estudio con la virgen ahogada. Llámennos y háganle las preguntas que quieran saber de esta niña encantadora. ¿Cuántos años tienes? ¿Dieciocho, diecinueve?

—...

—La señora Godínez, de Villa de Cortés, te pregunta: ¿cómo le haces para mantenerte tan delgada?

—...

—La niña Érika Paola, de Echegaray, nos dice que te admira mucho, que cuando crezca quiere ser como tú.

—...

—Una última pregunta, de Nora Nava, de Casas Alemán: ¿dónde te presentas próximamente?

Pol intervino para informar de la plática en la Ibero. No dijo nada del evento de la embajada. Era a puerta cerrada.

—Pues muchas gracias por haber venido a visitarnos, ya sabes que ésta es tu casa. ¿Algo que quieras agregar?

—...

—Jajaja, tú siempre tan escueta. Amigos, la virgen muerta estuvo en el estudio. Un aplauso.

Sonaron los aplausos grabados.

—Ahogada, mi amor, es la virgen a-ho-ga-da -corrigió Pol a la locutora apenas salieron del aire.

Su clienta, tumbada en una silla, no se lo agradeció.

El auditorio estaba repleto. Se trataba de algún encuentro o congreso. El evento principal era la aparición de la virgen ahogada. Los llevaron por la parte de atrás del edificio. Cuando se apagaron las luces del auditorio, la multitud explotó en un aullido histérico. Un reflector iluminó un extremo del entarimado, donde un académico, el rector o el director de la carrera, intentó hacer una presentación.

—La carrera de la virgen ahogada inició en el año 2001 cuando...

No lo dejaron terminar. Optó por dejar la palabra a la invitada.

El reflector movió su haz hacia la derecha para bañar de luz a la virgen ahogada, que se hallaba recostada sobre el mantel verde de la mesa de conferencistas. Escurría agua salada por todos lados, pero ello pareció no importarle al público.

Durante dos horas mantuvo al público cautivo con sus encantos. Llegó



la hora de las preguntas y respuestas. Una edecán iba hacia las personas que previamente se habían apuntado en una lista.

—Hola. Mi nombre es Paula Cano, de Letras. Sólo quiero saber una cosa: ¿qué hay del otro lado?

La virgen ahogada pareció no entender. Paula quiso clarificar su pregunta.

—Quiero decir, ¿hay algo más allá?

—...

Aplausos.

—Gracias -añadió Paula.

Las preguntas se prolongaron media hora más. Pol se acercó hasta la virgen ahogada; le susurró al oído: “Lo siento, mi amor, tenemos que irnos”. Luego tomó el micrófono para anunciar que su representada se encontraba un poco cansada por tantas preguntas, que sólo contestaría una más. El micrófono fue a dar a una chica morena de la tercera fila.

—Buenas tardes. Mi nombre es Sofía, soy de Diseño Textil. Sólo quiero saber una cosa: ¿tú escoges la ropa o tienes un diseñador de imagen?

Pol no pudo resistirlo y tomó la palabra:

—La hago yo, mi amor, ella está muy ocupada para esas cosas. Muchas gracias por haber venido. No más preguntas por favor.

Hubo que traer al personal de seguridad de la universidad para poder sacar a la virgen ahogada y a su mánager del auditorio.

—Alex, beybi, somos grandes fans, hemos visto todas tus películas -dijo Pol, visiblemente emocionado-, bueno, todas menos *La comunidad*, que no llegó a México.

El cineasta parecía no escuchar a Pol. Tenía la vista clavada en ella, que permanecía bocarriba sobre la mesa, mojando el mantel.

“¿Desean ordenar?”, preguntó la mesera, una chica de cabello rosa vestida como personaje de caricatura japonesa.

“Un martini dulce para mí, vino blanco para ella”, pidió el mánager. De la Iglesia ordenó distraídamente una cerveza. No podía quitar la vista del pescadito que chapoteaba dentro de la boca abierta de su invitada.

—Lo echaste todo a perder, ¿te das cuenta? -dijo Pol en el coche.

Ella no contestó.

—¿Tenías que ser tan fría? ¿Tan ausente? Alex entusiasmadísimo contigo, supermono, y tú haciéndote la interesante, sin contestarle siquiera por cortesía.

—...

—Muy bien, muy bien, sigue así -su voz se quebró-, pero cuando nadie quiera saber nada de ti, no me vengas a buscar. Es más, considera disuelta nuestra asociación. ¡Pancho!

—¿Señor?

—Déjame en la esquina. Voy a tomar un taxi.

Al bajar azotó la puerta.

—El éxito te está quedando grande, reina; ya sabrás de mis abogados. Si pude con Paulina Rubio, qué me dura una pendejita como tú.

Ella ni siquiera volteó a verlo.

Pol se perdió en la lluvia, entre la multitud.

—Usted dirá a dónde la llevo, señorita -dijo Pancho.

Una hora después, sonó el celular de la virgen ahogada.

—¿Me perdonas? -dijo Pol al otro lado de la línea-, ya sabes que a veces me exalto y digo cosas que no pienso. ¿Amigos?

Ella guardó silencio.

“El que calla, otorga”, pensó felizmente Pol.

Algo similar sucedía todos los meses.

Llegaron tarde a la jornada de muertos célebres, por lo que sólo alcanzaron el coctel posterior. Pol llevaba un smoking negro. Ella, un vestido largo del mismo color, completamente empapado de agua salada. Fuera de su ambiente natural, Pol se sentía un tanto incómodo. Sin embargo, pronto descubrió a un joven agregado cultural que lo miraba insistente.

—Mi amor, creo que ha llegado la hora de internacionalizarme un poco. Esto no me pasa todos los días -y la dejó sola, tirada de bruces en mitad del salón. Estaba seguro de que ella no lo extrañaría una hora. O dos.

Tratando de pasar desapercibido, un hombre corpulento se acercó a la virgen ahogada con una copa en la mano.

—Encantado de conocerla -dijo con voz grave.

Ella contestó con su silencio.

—Soy el monstruo de Frankenstein. Mucho gusto -dijo mientras alargaba una mano torpemente cosida a su antebrazo. El doctor Frankenstein era tan buen médico como mal tejedor.

Ella se mantuvo gélida.

—Eh... nos hizo falta su presencia en la jornada. Tu visión, ¿puedo tutearte?, hubiera aportado mucho al encuentro.

Dio un sorbo a su copa. Discretamente paseó su mirada por los cabellos desordenados de la chica, llenos de arena, por sus tiesos brazos marmóreos, por las manos de delicados dedos rígidos. Hallaba irresistible ese cutis macerado por el agua, los borborismos que a veces dejaba escapar su estómago en descomposición, la mirada acuosa, el agua que goteaba de la nariz, pero sobre todo lo demás, la posición torcida del cuello, producto de las vértebras dislocadas por el oleaje.

Un mesero pasó con una charola llena de bebidas. El monstruo de Frankenstein canjeó su copa vacía por una llena. Tomó una para la virgen

ahogada, y se la ofreció sin que ella aceptara.

—Una copa más, una menos, ¿qué importa? -pensó él.

Cayó un silencio incómodo. El monstruo de Frankenstein fijó la vista en el suelo, a unos centímetros del rostro mojado de la virgen ahogada. Buscaba desesperado un tema de conversación que no fuera el clima.

—Lo de las Torres Gemelas -dijo al fin-, una putada, ¿eh?

Ella optó por no opinar.

Al otro lado del salón, el ligue de Pol progresaba mucho mejor que el de la criatura de Frankenstein.

Otra ronda de copas. El monstruo comenzaba a sentirse ligeramente borracho. Después de todo, tenía un hígado de segunda mano. El alcohol lo fue animando un poco.

—Oye, este salón está ligeramente sobrepoblado, ¿te parece que nos vayamos al balcón?

Sin esperar respuesta tomó a la virgen ahogada de la mano y la arrastró fuera de ahí, dejando una estela húmeda sobre la alfombra.

Cuando Pol los encontró, la virgen ahogada descansaba con el estómago doblado sobre el balcón mientras el monstruo de Frankenstein le recitaba a Neruda.

—Ay, ahí están, los he buscado por todos lados -dijo a los dos-, miren, mis amores, Giovanni y yo hemos decidido ir a buscar otra fiesta, ésta ya se está muriendo. Les sugiero hacer lo mismo, picaruelos.

Abrazó al italiano por la cintura; se fue bamboleando las caderas. Antes de desaparecer, dio media vuelta para volver al balcón.

—No llegues tarde -dijo a su representada, luego volteó hacia el monstruo de Frankenstein y agregó-: pórtate mal, grandulón.

Le dio una nalgada antes de irse.

La criatura no lo pensó más, tomó a la virgen ahogada y, cargándola sin dificultad, desapareció de la fiesta.

En su cuarto de hotel, el monstruo de Frankenstein lamentó un poco que ella mojara toda la cama. También le incomodaba el olor a pescado, pero prefirió atribuirlo al alto grado de excitación de la virgen ahogada.

La contempló sobre el lecho, con las piernas engarrotadas abiertas de par en par debajo de su vestido negro.

—Esto no es fácil para alguien como yo -comenzó a decir el monstruo de Frankenstein, visiblemente nervioso-, pese a mi edad soy un sujeto demasiado tímido para estas cosas, pero... -dudó un instante-. ¿Quieres quedarte a dormir aquí, conmigo?

Ella no dijo nada.

“El que calla, otorga”, pensó él.

Esa noche, ambos perdieron la virginidad.



Producción y edición: **Carolina Domínguez**

Grabación y edición: **Gabriela Jiménez**  
Estudio Universum, Museo de las Ciencias

Diseño: **Vicente Rojo Cama**  
Formación: **Guadalupe Silva Sámano / La Pleca**  
Portada: **Bernardo Fernández, *Bef***

Bernardo Fernández, *Bef, La virgen abogada conoce al monstruo de Frankenstein*, de la serie Voz Viva de México (VVM - 138) de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, se terminó de imprimir el 20 de octubre de 2018, en Integra División Pop, S.A. de C.V., Negra Modelo No 4 Bodega A, Col. Cervecería Cuauhtémoc, Naucalpan, Estado de México, C.P. 53330.

Se tiraron 1 000 ejemplares en papel cultural de 90 grs. Se utilizaron en la composición tipos Garamond (10/14), Bodoni (7/9), Gill Sans (11/13 y 17/19), Frutiger (5/7). Impresión en offset.

El cuidado de la edición estuvo a cargo de Carolina Domínguez.